

cos, ni tenían mejor ortografía que él. Entonces, penetrado de la grandeza de su alta jerarquía, perdió hasta aquellos pocos arranques que le quedaban de expansiva franqueza, y se hizo solemne y ceremonioso aun en los actos más triviales de su vida.

Y aquí enlaza, lector amigo, el asunto de que tratábamos en el capítulo anterior; es decir, concluye la digresión y continúa la historia.



## CAPÍTULO VIII.

HABÍA en aquella ciudad, como hay en casi todas, un centro ó círculo ó *casino* para esparcimiento del espíritu de ciertas personas que pasaban la vida bregando por enderezar la varia suerte de los negocios de lucro; y había entre los socios muchos que, no gustando del juego, aunque lícito, ni de otras recreaciones toleradas en el establecimiento, formaban una camarilla *sui géneris*, especie de senado moderador de la ebullición que reinaba constantemente en gabinetes y pasillos; el cual senado, *auctoritate propria*, se instalaba siempre en el salón principal. Componíanle los hombres más *serios* de la banca, del foro y de la propiedad urbana; y con decir que eran *muy serios*, dicho queda, conforme al rigorismo de la moderna *bourgeoisie*, hasta qué punto era entre ellos poco menos que un pecado mortal la risa franca y desen-

vuelta. Pero no así la sonrisa, que la conocían y la usaban, aunque sóbriamente, en todos sus caracteres y expresiones. Porque es de advertir también que aquellos señores no aceptaban más que el *justo medio* de todas las cosas.

Con esto creo excusado decir que en política eran todos «hombres *desapasionados, de orden y de progreso racional,*» implacables enemigos de toda afirmación absoluta, ó, según su lenguaje, «*de toda exageración.*» De esto se desprende, á su vez, que esa misma política sólo la aceptaban como un motivo más de conversación en sus expansiones amistosas. Y para que la tarea les fuera aún más fácil, tomaban por base de sus disertaciones los ingeniosos conceptos de cierto periódico, al cual habían subordinado ciegamente su criterio. El tal periódico no asentaba jamás un principio sin un *pero*; no mostraba un color que no pudiera confundirse con otro á la más leve interposición de una frase artificiosa, que nunca faltaba á la mano. Pasaba por reaccionario entre los liberales, y entre los reaccionarios por liberal; no había situación política *bastante* buena para él mientras imperasen sus ideas, ni *bastante* mala cuando no imperaban. Era su estilo ampuloso, sonoro, claro en la apariencia, turbio en el fondo, meloso siempre y seductor por estudio; y saltaban á la vista, en el momento de fijarla en

sus columnas, las palabras *orden, progreso, paz, religión y patria...* era, en sustancia, la representación escrita del espíritu yerto de la época en que se daba á luz; pero hasta el punto de dudarse si procedía de tal padre, ó, al contrario, si era él quien había formado ese espíritu; quien alimentaba y nutría el alma de esa nueva raza, verdadera plaga del siglo que corre; raza sin convicciones, sin fé, sin entusiasmo; que llama *orden* á todo cuanto le garantiza una tranquila digestión, y *progreso* á cuanto redunde en aumento de su caudal; que entien- de por *patria* su hogar doméstico, y por *sociedad*, un conjunto de ciudadanos *matriculados* para vender y comprar, tranquilamente, fardos de algodón, harinas de Castilla ó papel del Estado; raza que transige con todo, menos con que se suba un cuarto la libra de pan.

A esta raza pertenecían los hombres de la citada camarilla, en la cual se daba siempre á don Simón la butaca de preferencia, no tanto por la importancia mercantil de éste, cuanto porque nadie leía mejor que él, con voz más recia y sonora, ni con mejor *sentido*, los artículos de fondo del periódico, todas las noches, á los congregados.

Pero vamos al caso.—Aquellos hombres que habían visto, sin alarmarse, durante muchos años, cómo cundían y se propagaban ciertas

tendencias *niveladoras*, y cómo se iba rebajando poco á poco el carácter nacional, y corrompiendo aquel conjunto de cualidades que un día hicieron del tipo español el modelo proverbial de los caballeros; aquellos hombres, digo, que habían visto todo esto y mucho más, sin temblar por el día siguiente, observaron una vez que las predicaciones, que las tolerancias, que las concesiones, que toda aquella política de *ancha base* que encomiaban á destajo y en la cual creían sin conocerla, estaba dando ya sus frutos naturales y lógicos; que aquellas *muchedumbres* por las que nada habían hecho ellos nunca, y de las que jamás se habían acordado sino para explotar su trabajo á cambio de un mezquino pedazo de pan, se alzaban imponentes, en virtud de las alas que les prestara una libertad mal entendida; que aquella *canalla*, como ellos llamaban á la multitud desheredada cuando ésta era dócil, se aprestaba, con la tea en la mano, á imponerse al mundo entero y á trasformar, en un instante dado, el modo de ser de la familia y de la sociedad.

¡Y allí fué el temblar de la voz y el crujir de los dientes!... Porque temieron por sus casas, por sus campos, por sus fábricas, por sus tesoros; es decir, su Dios, su patria, su alma.

—¡Pero es preciso defenderse!—exclamaron, resueltos á hacer una hombrada.

Y ¡poder del egoísmo! Aun en aquella triste situación, pensaron, ante todo, en sacar la sardina con la mano del gato.

Nada diré del temple del arma que eligieron para tan ruda batalla. El lector va á conocerla, y dirá de ella lo que mejor le parezca. Yo, mero historiador, á los hechos me atengo, y esos voy á referirle.

Abriase, á la sazón, una campaña electoral para padres de la patria; y, según los sujetos de quienes vamos tratando, nada más eficaz contra la tormenta que les amenazaba, que enviar al Parlamento «*hombres de orden, de progreso racional, enemigos implacables de toda exageración*» y ricos é independientes, por contera.

Pero, concretándose á aquella localidad, ¿quién, entre todos ellos, era bastante rico, bastante abnegado, bastante generoso, y aun bastante elocuente, para aceptar tamaño compromiso con buen éxito, y abandonar, sin parírsele el alma, la dirección de los propios negocios y las comodidades de su casa?

Ni siquiera se puso en tela de juicio: don Simón, y nadie más que él.

Una noche se le hizo la proposición en plena tertulia; y, francamente, no podía habersele hecho otra que más le halagara. Quizá se anticipaban sus amigos á un deseo que le embriagaba el alma mucho tiempo hacía. No se olvi-

de que don Simón se creyó siempre capaz de todo; y téngase presente que cuando llegó á la posición social en que ahora le hallamos, los límites de sus aspiraciones se perdieron de vista. Por lo demás, que en el fondo de su conciencia se creía agudo, elocuente, sutil y travieso, ya lo sabemos. ¿Cómo dudar que fué el primero en comprender que nadie era más digno de ejercer el cargo que quería confiársele? Pero se guardó muy bien de darlo á conocer.

Al contrario, hízose el pequeño y el indigno, y hasta pidió toda aquella noche para reflexionar.

Cuando volvió á su casa, llamó á su mujer y le dijo solemnemente:

—Juana: la patria reclama mi cooperación, y necesito hacer por ella el sacrificio de prestársela.

—¿Que la patria te reclama... qué?...—preguntó la oronda señora, dudando si la palabritilla se comía ó se sembraba.

—Que *el país* desea que yo le represente en las Cortes,—añadió don Simón con parsimonia.

—¿Y qué es eso?

—Pues bien claro está, mujer. Se trata de que yo sea diputado por esta provincia.

—¡Carácholes!—gritó fuera de sí la *gran dama*, olvidándose en aquel instante de todos los

miramientos que la esclavizaban desde que era rica.

Frunció el entrecejo el marido al oír aquella interjección espontánea en boca de su mujer, y dijo á ésta severamente:

—Te *alvieto* que esa palabra no es del mejor gusto para dicha por una señora de tus... contingencias.

—Déjate ahora de eso, que ya se arreglará—repuso doña Juana con un desdén admirable.—Y dime: si llegas á ser diputado, ¿te sentarás en aquellos bancos de terciopelo que veíamos desde la *trebuna*?

—Es claro.

—¿Y te llamarán *de Usía*?

—Naturalmente.

—¿Y te codearás con los ministros?

—Es de razón.

—¿Y viviremos en Madrid?

—Regularmente.

—¿Y nos publicarán en los papeles?

—Puede que sí.

—¿Y casaremos á Julieta con un embajador?

—No te diré que no, si á mano viene.

—¡Ajaá! Y con eso espantaremos de una vez tanto moscón como nos zumba aquí *abreguador* de las talegas de tu hija.

—Ese será uno de los motivos que más me animen á llevaros conmigo.

—Pues mira, Simón: por si se vuelve atrás y no te ves en otra, coge á ese país por la palabra.

Y como don Simón opinaba lo mismo que su mujer, no durmió aquella noche, contando las horas que faltaban hasta la en que pudiera presentarse *al país* para decirle que aceptaba su proposición... «por no desairarle.»

Amaneció al cabo; y como los instantes son preciosos en tales ocasiones, nuestro personaje no esperó á la noche para ver á sus amigos. Buscólos en sus casas acto continuo; citáronse para el mediodía en la del candidato, y en ella se discutieron ámpliamente los preliminares de la batalla.

Para darla con mejor éxito, se eligió un distrito rural; designóse á cada uno el puesto que le correspondía, conforme á sus relaciones en aquellos pueblos, ó á sus influencias, y se disolvió el cónclave, á fin de poner en práctica, sin pérdida de un solo momento, el discutido plan.



## CAPÍTULO IX.

Los trabajos preliminares fueron un aluvión de cartas que inundó el distrito. Para todos hubo: para el que debía, para el que deseaba y para el que valía, y á cada cual se le hablaba en el tono conveniente.

Las que escribió don Simón, menos relacionado que sus auxiliares con la gente del distrito, venían á decir, salvas ciertas *contingencias* y otras pequeñeces de estilo, lo siguiente:

«Muy estimado amigo y señor mío: Las aflictivas circunstancias por que atraviesa la nación, obligan á los hombres independientes y de recta voluntad á hacer grandes sacrificios. En tal concepto, y cediendo además á las exigencias de mis amigos y de otras muchas personas de saber y de arraigo, me he decidido á presentarme candidato *independiente* para diputado á Cortes por esa circunscripción, en las

próximas elecciones; y como usted es uno de los hombres que más legítima influencia ejercen en ella, á usted acudo en demanda de su cooperación, en la esperanza de que me la prestará cumplida; por lo cual le anticipa las gracias y se ofrece nuevamente de usted afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.

SIMÓN DE LOS PEÑASCALES.»

Las respuestas más placenteras que obtuvieron estas y otras cartas, fueron como la siguiente:

«Muy señor mío y amigo de toda mi consideración y respeto: Grande ha sido mi complacencia y la de mis amigos al tener conocimiento, por su grata del tantos de los corrientes, de que usted se presentaba candidato por este distrito; y desde luego puede contar con nuestra escasa importancia. Pero debo advertirle, para su gobierno, que ya se le han anticipado á usted otras influencias que pesan mucho entre esta gente, por lo cual temo que el éxito de nuestra batalla no sea tan cumplido como deseara.

«De todas maneras, y por aquello de que «al ojo del amo engorda el caballo,» será muy conveniente que usted se decida, sin pérdida de un momento, á recorrer el distrito. A este fin, y para cuanto le ocurra, me ofrezco de usted,

como siempre, afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.,

CELSO LÉPERO.»

Hecho el primer estudio del terreno por medio de estos y otros datos parecidos y no más lisonjeros; oído el dictamen del centro electoral, y corridos los indispensables propios con las necesarias cartas é instrucciones, arregló don Simón la maleta; relleno todos sus huecos con cigarros del estanco; vistióse un traje coquetón de camino, hecho *ad hoc*; adornó las manos con sus sortijas más voluminosas; echó sobre el pescuezo la cadena más larga, más gorda y más relumbrante de cuantas tenía; y cabalgando en un rocín de mal pelo, pero de mucha resistencia, partió de la ciudad al amanecer de un día, quince antes del en que habían de dar comienzo las elecciones.

Llegó al primer pueblo del distrito, y allí le esperaban, á la puerta de un viejo mesón, á cuyos postes y rejas estaban atados otros tantos caballejos enjaezados á la usanza del país, hasta seis agentes electorales *de nota*. Recibióle los seis sombrero en mano; alargó don Simón la suya á cada uno, con el aditamento de afectuosa sonrisa; y abriéndole después anchura y respetuosa calle, obligáronle á pasar, delante, al comedor, donde había una mesa

preparada para docena y media de convidados, y hasta doce nuevos personajes envueltos en burdas capas, que, al ver entrar al candidato, se levantaron y se descubrieron. Estos doce eran los edecanes, como si dijéramos, de los otros seis, que bien pudieran llamarse el *estado mayor* del aspirante á diputado.

Olía el salón aquel punto peor que una caballeriza; pues de esencia de ella, de aguar-diente, de tabaco *de hoja* común, y de otras no más suaves ni voluptuosas, se componía el ambiente que allí se mascaba; pero de ámbar y ambrosía le pareció á don Simón, juzgándose ya electo con el esfuerzo de aquellos auxiliares, todos famosos en el país por sus gloriosas campañas electorales.

Dióse al candidato, por aclamación, la presidencia de la mesa, y sentáronsele á cada lado tres de su estado mayor y seis de los subalternos. Cumplido este requisito, y dichas las indispensables *agudezas*, y hechos los acostumbrados restregones de manos, sirvió una Maritornes, en abismo de sobera, media arroba de fideos; vertióse negro y abundante mosto en los vasos al efecto; circuló el cucharón de estaño de plato en plato; y entre sorbos, resoplidos, eructos y taconazos, dióse comienzo á la discusión del punto que allí reunía á tan insignes ciudadanos.

Según las noticias traídas por los doce encapotados que conocían el distrito como la palma de la mano, y acababan de recorrerle todo, cumpliendo previas y acertadas instrucciones de los seis jefes, presentes también, la batalla iba á ser muy reñida, y ofrecía un éxito muy dudoso.

Tres eran los candidatos que habían de luchar. ¡Uno ministerial, otro de oposición radical, y otro, don Simón, indefinido, *independiente*. El primero, aunque desconocido en el país y sin arraigo en ninguna parte, era el más temible, porque con la tenaza del Gobierno tenía cogidos por los cabezones á casi todos los ayuntamientos. El de oposición se llevaba las grandes masas *inconscientes*; y en cuanto á don Simón, no contaba en aquel instante más que con lo que le rodeaba; pero, así y todo, bien sabía él que no era el más desamparado de los tres. Había sonrisas á su lado que valían media elección, y gestos y caras y, sobre todo, antecedentes, que, cuando menos, le garantizaban una lucha á muerte y una derrota gloriosa.

Hízosele saber, como dato muy importante, que el candidato de oposición daba, á cada elector que le votara, media libra de pan y un trago de vino. Del ministerial nada se sabía, porque corría la elección por cuenta de los ayuntamientos, al decir de la fama. Era, pues,

necesario, para ganarse simpatías y prosélitos, hacer por los electores un poquito más que el más rumboso de los candidatos; y como don Simón era rico, y en ciertas ocasiones no se paraba en barras, autorizó á sus agentes para que hiciesen saber en el distrito que él daba á sus votantes lo mismo que el candidato de oposición, más dos docenas de castañas, y, en caso de apuro, un cigarro de á dos cuartos.

Estas larguezas, en opinión de sus auxiliares, podían facilitar algo más el triunfo. Pero si, en último caso, la batalla ofrecía ciertas dificultades, ¿no era don Simón candidato *independiente*? ¿No podía, sin mengua de su dignidad, declararse, *in extremis*, *adicto* y obtener de este modo los auxilios del poder, que se los daría con preferencia al otro candidato, simple aventurero político?

En estas y otras, y devorados por los comensales, amén de los pucheros bien atacados, dos docenas de pollos en salsa, media arroba de carne estofada y una calderada de arroz con leche, repartió entre ellos don Simón un mazo de puros del estanco; encargó á cada uno de los doce subalternos el mayor esmero en el cumplimiento de la comisión que se les había dado; los favoreció con un afectuoso apretón de manos; pagó la comida á los diez y ocho, y los piensos de otros tantos caballos,

más algunas herraduras que hubo que poner á tres ó cuatro de los últimos; y seguido de la consabida media docena de personajes que formaban su estado mayor, bajó al corral. Allí montaron los siete, y partieron á trote menu-dito, entre las sombreradas de los que quedaban en el mesón, y la afanosa curiosidad del vecindario, que había acudido en masa á las intermediaciones de la venta para conocer al candidato, de cuya riqueza se contaban maravillas en el pueblo.

Allí empezaba para don Simón, si no lo más difícil, lo más penoso de la campaña electoral.

